

ron darle, pero ninguno de todos estos riesgos fueron poderosos para acobardar su ánimo, porque le tuvo siempre superior á todos, ofreciendo gusto la vida por la gloria de Dios, y por la salud eterna de las almas.

Los primeros diez años que estuvo en el Brasil tuvo nombre de Superior y Vice-Provincial, porque estaba subordinado al Provincial de Portugal, pero el buen Padre trabajó con tanta solicitud en el aumento de la Compañía en aquella tierra, y edificó tantos colegios, casas y residencias de los nuestros, que formó una provincia muy cumplida, y, como á tal, la separó nuestro Padre General de la de Portugal y la hizo provincia separada, y dió patente de Provincial al P. Manuel de Nobrega, el cual fué el primero de Brasil, como fué tambien el primero de la Compañía que entró en aquel reino, y el primero que predicó en él y que convirtió y bautizó á sus moradores, alumbrándoles con la luz del Evangelio. Por lo cual le dieron con razon título de apóstol del Brasil y primero fundador de aquella provincia, la cual gobernó con admirable prudencia y promovió en espíritu y observancia, no ménos con el ejemplo de su santa vida, que con sus exhortaciones y fervorosas palabras.

VII

Sus virtudes y su santa muerte.

Difíciloso será vadear el piélago inagotable de sus muchas virtudes, las cuales encubrió su humildad, huyendo de los aplausos del mundo por vivir á solo Dios; pero las centellas que brotaban del fuego de su pecho y las llamas de caridad para con los prójimos, que se han visto en el discurso de su vida, manifestaban el incendio divino de caridad y amor de Dios, que ardía en su corazón perpetuamente, el cual le forzaba á entregarse con tantas veras á los peligros de la muerte, y á trabajar infatigablemente por adelantar su gloria y traer las almas de fieles y de infieles á su servicio.

Testimonio es tambien de esta verdad el estudio tan continuo que tuvo de la oracion, y el trato familiar con Dios, en que gastaba todo el tiempo que le quedaba de los ministerios con los prójimos; de dia los predicaba, y confesaba, y enseñaba á los niños y rudos, y bautizaba á los infieles; y las noches en que habia de descansar, velaba en oracion, teniendo todo su descanso con Dios.

De aquí le nacia que á todos tiempos y horas le hallaban templado para negociar con él, y salía del trato de los hombres tan devoto como si saliera de la oracion, porque nunca perdía á Dios de vista, ni derramaba su corazón

en las obras exteriores, y así se verificaba en él la sentencia de aquel Santo, que dice: *El hombre devoto fácilmente se recoge, porque nunca se derrama.*

Echábase esto de ver en la devocion con que decia la Misa, porque cercado de tantas y tan continuas ocupaciones, ya del gobierno doméstico, ya de la conversion de los indios, ya de los portugueses que acudian á él como á un oráculo, por consejo en todas sus cosas; en llegando al altar, se transformaba en otro hombre, diciendo la Misa con tanta pausa, quietud, espacio y sosiego, como si no tuviera otra cosa que hacer en todo el dia: y la vez que ménos tardaba era una hora de reloj, para lo cual sacó del Superior dispensacion de la regla.

Allí se regalaba con Dios y Dios le regalaba, haciéndole muchas mercedes y dándole celestiales ilustraciones para el acierto de los negocios que trataba y los ministerios que tenia entre manos; porque la oracion es el taller á donde se forman los aceros y la fragua á donde se labran las armas que fortalecen el espíritu, y de ella salía este valeroso capitán como pinta S. Juan Crisóstomo á los que dignamente comulgan, como leones, respirando fuego, á los demonios formidables y terribles.

Así lo era el P. Nobrega á los enemigos de la fe, fortalecido con este maná del cielo que era el sustento de su alma.

Tuvo don de lágrimas, las cuales vertía en abundancia, así en la oracion como en la Misa y en el rezo, enternecido su espíritu con la memoria de los beneficios divinos y con la Pasion de Cristo, con quien se regalaba.

En las virtudes religiosas fué exactísimo, porque no hubo pobre mendigo más vilmente vestido que él andaba; casi siempre se sustentó de limosna en los colegios y casas, porque no tenían otra renta más de la limosna que les daban fuera de casa en las misiones, porque no llevaba bolsa ni alforja, ni otra prevencion ó matalotaje más que la confianza en Dios, la cual le hizo magnánimo y emprender cosas difíciles y concluir las con felices sucesos, como fué fundar toda una provincia y sustentarla, sin tener un real de antemano, pobre y mendigo; pero rico con su grande confianza con que la comenzó y acabó, y la gozó veinte años formada.

¿Qué diré de su obediencia y castidad, en que no fué ménos extremado? Porque desde la hora que entró en la Compañía, se desnudó de toda su voluntad; y nunca la tuvo en ella, ni más querer ó no querer que el de su Prelado, cualquiera que fuese, aunque le señalasen un Hermano ó novicio de un dia; porque no miraba á la persona, sino á Dios, á quien representaba y cuyo lugar tenia.

Preguntáronle un dia, ¿qué grado querria en la Compañía? Y respondió no querer alguno, sino el que quisiere el Superior; y por esta resignacion le

dieron el supremo de cuatro votos que tiene la religion; y, como supo tan bien obedecer, supo tambien gobernar, porque de buen súbdito se hace buen Prelado, y no es bueno para gobernar, sino el que supo obedecer.

Su pureza fué más que humana, en tanto número de ocasiones como tuvo conversando con bárbaros carnales, que andaban los más desnudos y eran la misma sensualidad y vivía entre ellos como sino fuera de carne, ó fuera un ángel del cielo imposibilitado de pecar, porque su pureza era tal que hacía castos á los que trataba, y los componia y refrenaba así con sus palabras como con su modestia, recato y compostura, que fué siempre ejemplar.

Para mayor testimonio de su pureza, quiero poner aquí el que da de este siervo de Dios el P. Baltasar Tellez en la primera parte de la *Coronica* de la provincia de Portugal, lib. 3.^o, cap. VIII, por sus propias palabras, que son las siguientes:

«Ordenó Dios nuestro Señor las cosas de suerte, que se hallase en una brava tormenta en el mar, en que todos se dieron por perdidos, y cuando los afligidos navegantes, pidiendo misericordia al cielo, suelen confesar sus pecados públicamente y manifestar los secretos interiores de sus almas, principalmente los que les están más presentes en la memoria y estimulan más la conciencia; persuadido este purísimo religioso que era llegada su hora, despues de cumplir con todas las obligaciones de buen cristiano y de varon apostólico, preparándose á sí y ayudando á los otros, confesó en voz alta que lo que más en aquella hora le animaba y consolaba era la guarda del voto de la pureza que siempre habia traido delante de los ojos, como joya de inestimable precio, de la cual Dios por su misericordia divina habia dotado á la Compañía; y luego con un espíritu más que humano, como por última manda de los que se apartaban en esta vida, maldijo á aquellos que por alguna hora fuesen causa de mancharse este don preciosísimo, que tanta hermosura daba á su religion, y esto con tal vehemencia de espíritu, con tal fuerza y autoridad de palabras, que quien le oia juzgaria que tenia jurisdiccion de Dios sobre los que no fuesen fieles en esta virtud, y que se podrian temer los venideros, que á quien en ella faltase le alcanzase esta maldiccion fulminada por un varon tan admirable, y en tan notable ocasion, porque Dios nuestro Señor cuando antiguamente dió poder á algunos Profetas para amenazar con maldiciones á su pueblo, no quedó imposibilitado para dar potestad semejante á un hombre tan apostólico sobre los desleales (si los hubiese en esta parte) á la Compañía. Escapó el Padre de este trabajo del mar, porque si bien le esperaban otros no menores en la tierra, parece que permitió

Dios aquel sólo á fin de darnos un testimonio tan cierto de su pureza angélica.»

Hasta aquí el P. Baltasar Tellez. Luego cuenta las grandes penitencias, mortificaciones y trabajos con que maceró su cuerpo, que tal pureza no se adquiere ni conserva sin gran aspereza, como la usó toda su vida este siervo de Dios, siendo verdugo de su cuerpo. Ejercitándose, pues, en estas y otras virtudes, vivió los tres últimos años en el colegio que habia fundado del Rio Janeiro, empleando las pocas fuerzas que le habian quedado en su vejez, en la oracion y trato con Dios, y en los ministerios de la Compañía con los prójimos. Y llegando á los setenta años de su edad, le llamó Dios para darle el premio de sus trabajos, y como á siervo fiel le reveló el dia y hora de su muerte; y, aunque la tuvo en silencio, el gozo y alegría que brotaba por el rostro de acercarse ya el fin de su destierro publicó lo que callaba la lengua. Salió luego por la villa á despedirse de sus amigos y conocidos, y de sus amados hijos, á quien habia engendrado en Cristo, abrazándolos tiernamente y con más lágrimas que palabras, les decia, que se quedasen con Dios y perseverasen en el bien, excusando con todas sus fuerzas las ofensas del Señor, porque él se partía á donde no le verian más; y preguntándole á qué tierra ó lugar, no respondia más que levantar con suspension los ojos al cielo, significando con esta accion que se partía á la bienaventuranza, á donde Dios le esperaba para vivir eternamente. Él lloraba y todos lloraban, y hubo un llanto como el que dice S. Lucas (Act. 20, 37), que hubo en los fieles cuando S. Pablo se despidió de ellos, diciendo, que no verian más su rostro, porque iba á Jerusalem. Así le hubo en los del Brasil, cuando su apóstol el P. Manuel de Nobrega se despidió de ellos para ir á la Jerusalem del cielo. Acompañáronle todos hasta nuestro colegio, á donde se recogió con Dios á solas; recibió con suma devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y los ojos en la bienaventuranza, como Moisés en la tierra de promision, entretenido en devotos y dulces coloquios con Dios, dió su espíritu al Señor á diez y ocho de octubre, dia del glorioso Evangelista S. Lucas, que para él fué dia señalado y feliz, porque en este dia nació al mundo, en este fué admitido en la religion, y en este renació para el cielo, á donde vive y vivirá eternamente gozando el premio de sus merecimientos. Todo el Brasil lloró su muerte, como la de José todo Egipto, por haber sido su Padre, su pastor, su maestro y su segundo redentor, sacando á sus naturales de la ceguedad del paganismo.

Su cuerpo fué sepultado con suntuosas exequias y con innumerable concurso de la villa y su comarca, aclamándole todos por santo, y estimando como de tal sus reliquias. El año puntualmente no lo dice su Historia; pero,

segun el cómputo de lo que estuvo en la Compañía y el Brasil, fué el año de mil y quinientos y ochenta y uno. Fuera del P. Baltasar Tellez, hace honorífica mencion de sus obras y virtudes la primera parte de la *Historia de la Compañía* en varios libros.

P. ANDRADE.

P. JUAN AZPILCUETA NAVARRO

EL siervo de Dios P. Juan Azpilcueta entró en la Compañía el año de 1545 en Coimbra, y despues, el año de 1549 fué enviado al Brasil con los PP. Manuel Nobrega, Antonio Petrio, Leonardo Nuñez, Jacobo Jacobo y Vicente Rodriguez.

Partieron de Lisboa á primero de febrero, y en cincuenta y seis dias tomaron puerto en el Brasil.

Aunque todos estos Padres fueron celosos del bien de los indios, era admirable á todos el P. Juan Azpilcueta, el cual penetró por varias partes, y viendo los indios tan esparcidos y divididos, que no podia instruirlos y enseñarlos, pasó muchos dias y noches entre ellos sin hacer fruto; mas, en sabiendo bien su lengua, que la aprendió en pocos meses, tuvo tan prósperos sucesos, que admirados los portugueses, acordándose del fruto que habia hecho S. Francisco Javier, siendo navarro, en los indios; decian que parecia guardó nuestro Señor la conversión de los indios para los Padres de Navarra.

Edificó dos casas para instruir los catecúmenos, reprendió mucho á estos indios el comer carne humana, y con la luz del Evangelio les quitó este abuso.

Tenia repartidos los dias, y acudia unos dias á unos pueblos y otros dias á otros, donde se juntaban y les enseñaba el catecismo y doctrina cristiana. Escribió en un papel la oracion del Padre nuestro, y mandábala poner sobre los enfermos, y con sólo esto sanaban de sus enfermedades.

Trabajó mucho en desarraigar los vicios de estos indios, y mucho tiempo sin fruto, hasta que Dios con castigos del cielo los abrió los ojos.

Habia en un pueblo gran disension entre los indios, y como no se compusiesen con los avisos y ruegos del Padre; de repente, sin saberse de donde, se

encendió un fuego grandísimo, que abrasó las más de sus casas, y el ardor de este incendio apagó el de sus iras y odios.

En otro pueblo se cometian muchos pecados sin castigo, haciéndose sordos á las voces del Padre, que les convidaba á penitencia; se encendió de repente otro fuego, que con ninguna agua ni diligencia humana pudo apagarse; si no es una sola casa se abrasaron todas, y aquella casa era de uno que con logros habia ganado lo que tenia, que era muy rico, y tenia públicamente la manceba en su casa; y como él se gloriase y jactase de que falsamente le imputaban estos pecados, otro dia cayó fuego del cielo que quemó su casa con cuanto en ella tenia, volviéndolo todo en ceniza. Y el año de 1555, este santo Padre, rico de trabajos que padeció por la conversión de aquellas almas, estando en la bahía pasó de esta vida á la eterna, y recibió el premio debido á sus obras.

P. NIEREMBERG.

HH. PEDRO CORREA Y JUAN DE SOSA

EL bendito H. Pedro Correa, ilustre mártir por la castidad y confesor de Cristo en su santa vida y dichosa muerte, fué natural del reino de Portugal, de padres y linaje muy noble.

Pasó al Brasil con otra gente principal, que fué á conquistar aquella tierra, y él fué más con deseo de ganar para sí los bienes de ella que de comunicar á aquellos bárbaros los del cielo.

No habia en el Brasil ningun portugués más poderoso que nuestro Pedro, y era el más tirano de todos contra aquellos indios, y, ántes que fuesen allá los de la Compañía, usó con ellos mil injusticias, violencias y tiranías. Andaba con un navío todas aquellas costas del Brasil, y con mano armada cogia multitud de indios, en busca de los cuales iba como á caza, persiguiéndolos como á fieras y tratándolos como á tales. Despues los iba á vender á los otros portugueses, para que fuesen sus esclavos y trabajasen en los ingenios del azúcar y en otras haciendas suyas.

Este pecado lloró despues toda su vida como otro S. Pedro, y se puede decir que como otro S. Pablo consiguió la misericordia de Dios, porque lo hizo ignorantemente, segun de sí lo confiesa el apóstol; porque pensaba que